

AL PASO DE DIOS

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 5: LA MISIÓN APOSTÓLICA

AL PASO DE DIOS

Hacer apostolado es una tarea divina, que no es posible llevar a cabo sin la gracia de Dios. Es Cristo mismo quien realiza su obra en las almas, allanando las dificultades y encendiendo los corazones.

Nuestro deber es ser instrumentos: *de oro o de acero, de platino o de hierro..., grande o chico, delicado o tosco...*¹. Y para eso, junto a las virtudes teologales, es necesario practicar las demás virtudes cristianas: hábitos edificados sobre fundamento humano, pero enaltecidos por la gracia divina, que dan vigor y sostienen nuestro esfuerzo e impulsan a caminar sin desánimos, de acuerdo con las necesidades de las almas, al paso que Dios marca a cada una.

Prudencia y audacia

El Señor reúne a sus discípulos y los envía, de dos en dos, a predicar el Reino de los cielos por las ciudades de Israel. Pero antes les pre-

(1) *Camino*, n. 484.

viene contra las dificultades que encontrarán en su misión apostólica. Los quiere preparados; y utiliza, para precaverles, este símil: *he aquí que Yo os envío como corderos entre lobos* ².

En cualquier labor de apostolado es posible el desánimo, porque las dificultades —a veces grandes— no faltan. Para sobreponerse es menester —junto con las virtudes teologales— una prudencia activa y una decidida actitud de audacia, sencilla, sin complejos: *sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas* ³. Prudencia, que indica cómo lanzarse adelante; audacia, fruto del amor, que lleva a poner por obra sin vacilaciones lo que el sentido sobrenatural dicta.

Los Apóstoles se preguntarían seguramente por los medios humanos para hacer apostolado, combatir los peligros y allanar los obstáculos. *No llevéis bolsa, ni alforja, ni zapatos* ⁴, es la primera y desconcertante respuesta de Jesús. Antes que nada, Cristo exige a sus enviados un abandono total, una confianza absoluta en su palabra. En un principio prescinde de los medios humanos, para que aprendan cuanto antes a lanzarse con osadía apoyados sólo en los medios sobrenaturales. Más adelante les dirá: *en aquel tiempo en que os envié sin bolsa, sin alforja y sin zapatos, ¿por ventura os faltó alguna cosa?* ⁵. Y ellos reconocerán que, efectivamente, tuvieron de todo. Y al aconsejarles entonces que, en adelante, procuren y usen esos medios humanos, habrá quedado claro definitivamente que lo único que no puede faltar en la labor apostólica es la fe en el mandato divino y en el mensaje de paz del que han sido hechos portadores.

También les adoctrina el Señor en cuanto al modo de hacer apostolado: *al entrar en cualquier casa, ante todo decid: la paz sea en esta casa (...), y perseverad allí* ⁶. Su predicación ha de comenzar en un grupo familiar; después se irá extendiendo al resto de la ciudad. Es una medida de prudencia, que les muestra cómo la audacia apostólica ha de seguir unos cauces, desarrollarse paulatinamente por etapas.

Los discípulos partieron con la ilusión del encargo recibido, con el

(2) *Luc.* X, 3.

(3) *Matth.* X, 16.

(4) *Luc.* X, 4.

(5) *Luc.* XXII, 35.

(6) *Luc.* X, 5-7.

fuego de la palabra de Cristo en su corazón, prevenidos de que hallarían lugares donde no serían bien recibidos; pero aun entonces habrán de anunciar: *sabed que el Reino de Dios está cerca* ⁷.

Las dificultades del apostolado, los obstáculos internos y externos que ha de combatir el apóstol, no han mudado substancialmente. La palabra del Señor sigue vigente hoy con la misma fuerza y con idéntica exigencia que entonces. Y son necesarias las mismas armas, las mismas virtudes, iguales disposiciones, para vencer las resistencias.

En primer lugar, el apóstol debe combatir en sí mismo la inercia que, desde dentro, retarda sus pasos; el peso de la naturaleza caída que rehúye poner manos a la obra. Por eso nuestro Padre nos decía: *comenzar es tener la mitad del trabajo hecho. Cuesta cambiar de posición, pero hay que moverse, hay que lanzarse, con sentido de responsabilidad, con conciencia de que somos levadura para toda la masa* ⁸.

Hay que actuar así también cuando no se dispone de medios humanos, poniendo en juego entonces una audacia que la prudencia de la carne llamará temeridad, pero que se cimenta en la sólida base de la fe. Porque exige verdadera vida de fe empezar una labor sin medios humanos proporcionados, sobre todo en el caso de las actividades corporativas. Y, sin embargo, el espíritu de la Obra —que nos mueve a actuar siempre con realismo— pide el empuje de las obras corporativas, que son complemento y ámbito del apostolado personal, también en los comienzos. Nadie debe darse por satisfecho porque trata a cierto número de amigos, acercándolos a la Obra y promoviendo vocaciones. Todos debemos, además, sentir el peso de las labores corporativas y colaborar en la medida y modo que nos indiquen los Directores.

Nuestra prudencia no es humana, sino sobrenatural. Por eso la prudencia no nos detiene, sino que nos impulsa a lanzarnos, a ofrecernos, a presentar sugerencias, soluciones..., con audacia. Promover una obra corporativa —aunque al principio sea de reducidas dimensiones—, cuando apenas se ha comenzado la labor estable en un lugar, no es una temeridad, sino un modo prudente y heroico de ser audaces.

(7) Luc. X, 11.

(8) De nuestro Padre.

Lo que queremos son almas para Cristo. La prudencia domina los impulsos temerarios, descarta los proyectos sin fundamento, pero señala un camino. La audacia nos hace lanzarnos sin vacilaciones en esa dirección. Y, en todo momento, la fe nos sostiene, especialmente cuando consideraciones exclusivamente humanas llevan a pensar que la empresa es demasiado difícil y arriesgada.

No tenemos miedo ni a la vida ni a la muerte; por eso, tampoco nos arredramos ante los obstáculos. Los medios —la gracia específica de la llamada divina, la formación que nos da la Obra y nuestra correspondencia— son poderosos para superarlos. De esta persuasión —la Obra es Obra de Dios, Opus Dei— nace la audacia, la facilidad para cristianizar todos los ambientes, el empuje para promover todo tipo de labores apostólicas, corporativas y personales.

Nuestros amigos se sienten atraídos por esta vida de fe, por el modo decidido y animoso de llevar a la práctica lo que aconsejamos. Y se sienten arrastrados, se animan a colaborar y nacen esas vocaciones sólidas que son fruto de un apostolado audaz, heroico. Si no, vendrían vocaciones falsas, atraídas por una vida cómoda que no es la nuestra.

Con estos medios, siendo luz y sal de Cristo, con la fe y la formación que recibimos, nos lanzamos a ser apóstoles decididos, apoyados en aquella promesa del Señor: *el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no fallarán* ⁹.

La libertad de la entrega

Dios ha hecho al hombre libre. La libertad empapa toda su existencia y delimita el campo por el que ha de dirigir sus pasos en orden a la vida eterna: sus actos meritorios han de proceder de una libérrima voluntad —movidada por la gracia divina—, que continuamente escoge a Dios sobre los bienes finitos, en todas las encrucijadas de su vida. Liber-

(9) *Matth.* XXIV, 35.

tad interna de la voluntad, y libertad de acción, que no permite coacciones externas.

En la Obra amamos la libertad. Se la hemos entregado al Señor —libremente, por amor, porque quisimos—, para ganarla en una forma más alta: *in libertatem gloriae filiorum Dei* ¹⁰. Y a quienes esta entrega parece una pérdida, les mostramos la realidad de nuestra vida: la hermosura de servir con voluntariedad actual, la fuerza de ese *serviam!* que nos exige ser muy libres para entregar a Dios nuestra voluntad. Cualquier otra libertad sería para nosotros esclavitud.

Amamos la libertad nuestra y la de los demás. Porque sólo podemos servir al Señor siendo muy libres; y lo somos desde el primer instante de nuestra entrega hasta la hora de la muerte. Vinimos a la Obra *porque nos dio la gana* ¹¹ corresponder a la gracia del Señor que nos llamaba; y nos sigue *dando la gana* en todos los instantes de nuestra vida.

Este hecho reviste singular importancia en el apostolado y en el proselitismo, pues interesa, y mucho, asegurar la plena libertad de los que vienen a la Obra. La decisión de seguir esta llamada divina fue libérrima en nosotros, y lo debe ser siempre en los que se unan a nuestro camino. Nuestra acción proselitista no es jamás coacción: se mueve siempre en el ámbito de la libertad de las almas, porque la gracia de Dios y esta libertad santa son presupuestos del proselitismo. Es el Señor quien da la vocación y la gracia necesaria para corresponder, respetando al mismo tiempo la libertad del hombre.

Nuestro proselitismo es *Opus Dei*, cooperación con la gracia divina: ponemos los medios —oración, mortificación, la palabra, el ejemplo...— para que las almas, con la gracia de Dios, conozcan y quieran nuestro camino. Y hablamos de generosidad con el Señor, de la grandeza de la vocación. Les ayudamos para que correspondan a la llamada de Dios; pero esta correspondencia, en definitiva, será siempre el fruto de una libre elección.

Así, con esta ayuda nuestra, no sólo está lejos de menguarse su libertad de seguir o no la vocación, sino que encuentra además su ejercicio más pleno. El que ha de decidir su camino debe conocerlo; cuanto

(10) *Rom.* VIII, 21.

(11) De nuestro Padre.

mejor lo conozca, más libremente decidirá; cuanto mejor comprenda la predilección divina de la vocación, más voluntaria será su respuesta: *veritas liberabit vos* ¹².

El amor a las almas nos lleva a poner todos los medios para que los que el Señor llama sean generosos con El; pero, en el terreno de la decisión definitiva, evitamos cuidadosamente todo influjo coactivo: es la gracia la que obra en el alma. Nos repugna cualquier coacción sobre la voluntad; la coacción es siempre arma de los débiles, innecesaria a los que cooperan con el Señor.

Con esta libertad de espíritu hemos venido a la Obra. Y una vez en este camino divino, la misma libertad preside nuestra perseverancia, que es fruto de la gracia de Dios y, por parte nuestra, del amor. La libertad continúa. En la Obra, nadie podrá sentirse retenido contra su voluntad, porque la coacción no se da jamás en Casa: es completamente opuesta a nuestro espíritu. En cualquier momento está abierta la puerta: el que decidiera marcharse, podría hacerlo cuando quisiese; su libertad no encontraría obstáculos.

Pero aquí, igual que en el proselitismo, se conjugan perfectamente el amor a la libertad y el amor a las almas. La caridad nos hace dar la vida para que todos perseveren. Es una consecuencia lógica de nuestro afán de proselitismo que nos preocupen de manera principalísima la perseverancia y la fidelidad de las vocaciones en la Obra. Las encomendamos y, siempre dentro de la más plena libertad, hacemos todo lo que es necesario para ayudarlas a perseverar. Lo contrario sería no sólo una falta de caridad, sino aun de justicia, porque en parte hemos sido causa de su vocación; y la pérdida de la vocación es la mayor desgracia que pueda imaginarse. *Si un día alguien no viera claro el camino* —nos ha dicho nuestro Padre— *se le haría notar que tiene absoluta libertad para marcharse. Más aún, que en Casa, aunque hagamos falta todos, nadie hace falta; ni el Padre; y es el Fundador. Se le haría ver que no debe sentirse coaccionado. Pero inmediatamente —respetando esta libertad—, se ponen todos los medios sobrenatu-*

(12) *Ioann.* VIII, 32.

rales y humanos necesarios para devolverle la vista, para que no tire por la borda su felicidad, su propia vida. Se le encomienda y se le habla con infinito cariño: con la misma delicadeza y solicitud que deseáramos que tuvieran con nosotros si estuviésemos en las mismas tristes circunstancias ¹³.

Libertad y gracia de Dios; libertad y amor: en el proselitismo y en la perseverancia. El que viene a nuestro camino, viene porque quiere; porque el Señor le ha dado su gracia, y él corresponde por amor; y luego persevera porque quiere: porque el Señor sigue dándole su gracia, y porque él sigue correspondiendo por amor, con una voluntad libérrima de servir.

Tenacidad en el apostolado

Estos son los medios que nuestro Padre nos indicó a cada uno, cuando se trata de cooperar en la tarea divina de plantear a las almas el problema de su vocación: *ora, ofrece sacrificios y trabájalos con tu ejemplo y con tu palabra* ¹⁴.

Al perseguir ese fin y poner de nuestra parte los medios para alcanzarlo, sin escatimar ninguno, no hay asomo de violencia o de indebida injerencia en las almas: cumplimos *un mandato imperativo de Cristo* ¹⁵, que nos dice: *id por todo el mundo; predicad el Evangelio a todas las criaturas* ¹⁶. Y El nos ha dado el ejemplo: *venid en pos de mí* ¹⁷, dijo a los primeros Doce, que dejadas al punto todas las cosas, le siguieron; y del mismo modo invitó al joven rico, que, al oír sus palabras, no quiso aceptar la invitación de Jesús y se retiró entristecido ¹⁸.

Ecce sto ad ostium et pulso ¹⁹, he aquí que estoy a la puerta y lla-

(13) De nuestro Padre.

(14) De nuestro Padre.

(15) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-III-1934.

(16) *Marc.* XVI, 15.

(17) *Matth.* IV, 19.

(18) Cfr. *Matth.* XIX, 22.

(19) *Apoc.* III, 20.

mo. *Poned estas palabras de San Juan* —escribió nuestro Fundador— *a la consideración de las almas que trabajáis para la Obra. No sois vosotros quienes llamáis: es El, ¡Cristo!* ²⁰.

Por eso, somos perseverantes en el proselitismo. *Si perseveráis, si sois tenaces —la tenacidad es indispensable para el proselitismo—, llegará un momento en que podréis gritarles: in nomine Iesu Christi Nazareni, surge et ambula!; en nombre de Jesús Nazareno, ¡levántate y anda!* (Act. III, 1-10) ²¹. Esa tenacidad hace porfiado nuestro proselitismo, pero jamás coacciona a las almas.

Son palabras de nuestro Padre: *nadie más interesado que nosotros para que en la Obra no haya nadie sin vocación* ²². La tenacidad en el proselitismo no puede suplantarse la voluntad de Dios. Si el Señor no concede a un alma determinada la gracia de la vocación, nosotros, vehículos solamente de esa gracia, no podemos dársela.

Nuestra insistencia va por tanto a la par del celo de Cristo: más allá, no. Pero esa misma constancia nos lleva a hacer lo posible para que no desoiga la voz del Señor ningún alma a la que El haya dirigido su llamamiento: *amice, ascende superius* ²³, amigo, sube más arriba. Y, en todo momento, Jesús nos urge en esa tarea: *sal a los caminos y a los cercados e impele a los que halles a que vengan, para que se llene mi casa* ²⁴.

Es necesaria esa *santa coacción: compelle intrare* ²⁵, nos dice el Señor. Porque en el combate entre la gracia de Dios y el hombre viejo, éste, aferrado a sus pobres cosas, puede llegar a perder de vista la grandeza de la vocación divina que se le ha dado. En este caso, ante el reacio, existe la obligación de esa santa ayuda que coloque al alma en un lugar alto, desde donde pueda observar mejor la exigencia divina y la gloria que El tiene asignada a los que le siguen: *iluminando los ojos de vuestro corazón, a fin de que sepáis cuál es la esperanza de su vocación y cuáles las riquezas y la gloria de su herencia* ²⁶.

(20) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934.

(21) *Ibid.*

(22) De nuestro Padre.

(23) *Luc.* XIV, 10.

(24) *Luc.* XIV, 23.

(25) *Ibid.*

(26) *Ephes.* I, 18.

El hombre, a veces, se resiste a la llamada divina. Se encierra en el castillo de sus pensamientos, de sus afanes individuales, y pretende pasar por encima de las especiales exigencias que Dios tiene sobre su vida, porque lo quiere santo. Al plantear la crisis vocacional —y es tarea que, por voluntad divina, tenemos obligación de llevar a cabo los miembros del Opus Dei—, esa actitud del alma reacia se hace más evidente.

*Ecce sto ad ostium...*²⁷, he aquí que estoy a la puerta y llamo. Pero en ocasiones, al otro lado, en su estancia, el alma se repliega sobre sí misma, se defiende. Ante el ejemplo de nuestras vidas —lo hemos dejado todo—, ante el *buen negocio* que ofrece el Señor, sigue siendo preponderante en el hombre, herido por el pecado original, el deseo de la carrera temporal, de seguir a su paso. ¿Acaso Dios no está también aquí?, parece argüirnos desde un emplazamiento terreno.

Nuestra tenacidad nos hace contestarle que existen almas que el Señor quiere más cerca de sí. En estos casos, desoír la llamada precisa de Dios, aun por razones y motivos humanamente legítimos, puede ser fatal para el alma. Porque el llamamiento divino a una vida más alta, es un don especialísimo que el Señor no concede a todos. Y al que se lo otorga, le da también la gracia de corresponder. Decir que no a esa llamada, es una oposición radical a la voluntad de Dios; aunque no sea voluntad de precepto, sino sólo de consejo.

En estos casos, ante la voz del requerimiento divino, el invitado opone un escudo hecho de prudencia humana, que la voz ha de atravesar para que el oído la escuche. En nuestra labor de proselitismo somos testigos de la existencia de ese escudo: son las frases de defensa, llenas de sentido práctico, de frialdad, de razón, que no han de aminorar nuestra tenacidad, y que nos hacen dirigirnos con esperanza a Dios. Proponemos entonces el atajo directo —difícil sí, pero gozoso— hacia la cima, y se nos responde con la fácil e incierta andadura por los caminos indirectos, por la línea curva, por la distancia más larga. *¿No gritaríais de buena gana a la juventud que bulle alrededor vuestro: ¡locos!, dejad esas cosas mundanas que achican el corazón... y muchas veces lo envilecen..., dejad eso y venid con nosotros tras el Amor?*²⁸.

(27) Apoc. III, 20.

(28) Camino, n. 790.

Decir a esas personas que Dios las quiere a su servicio, que ante El no caben cálculos, cicaterías, oportunismos, ligerezas; decir que Dios lo quiere todo, no es coaccionar, sino cooperar con el Señor en su deseo de operarios, a quienes espera el trigal inmenso de este mundo. Se es libre ante los consejos; por tanto, rechazar la llamada no es en sí pecado grave, pero lleva consigo un debilitamiento de ese estar frente a Dios cara a cara, sabiéndose fiel cumplidor de su voluntad concreta. Y desde luego, la obediencia a Dios en puntos secundarios, no puede compensar la primitiva desobediencia a la llamada divina.

Pero esta razón —el temor— no podrá justificar nunca una entrega incondicional al Señor. Es el amor la única causa de esa entrega. Y ése es el argumento que empleamos. Nuestro proselitismo propaga la hoguera divina en los corazones de los hombres.

Revivimos de nuevo al pasaje evangélico. Vamos con Jesús por los caminos; es más, Jesús se oculta en nuestras vidas. En aquella hora temprana hemos encontrado unos hombres en la ruta y, acercándonos, hemos andado con ellos un trecho de camino, hablándoles de las maravillas del llamamiento de Jesús. Al principio, la actitud fue quizá la de los discípulos de Emaús: *sus ojos estaban como deslumbrados para que no le reconociesen* ²⁹. Y seguimos tenaces, a pesar de las aparentes evasiones de primera hora. Al llegar a un cruce del camino, hicimos ademán de seguir adelante, y ellos dijeron a Cristo, que iba en nosotros: *quédate con nosotros, porque ya es tarde, y va ya el día de calda* ³⁰. Al filo de nuestra tenacidad, de nuestro celo, el Amor encontró la respuesta libre, el amor que El exigía.

Humildad y magnanimidad

Id a esa aldea que se ve enfrente de vosotros, y enseguida encontraréis una asna atada, y su pollino con ella: desatadlos y traédme los. Y si

(29) *Luc.* XXIV, 16.

(30) *Luc.* XXIV, 29.

alguno os dijera algo, respondedle que el Señor los necesita, y al punto os los dejará llevar ³¹.

Partieron los discípulos a buscarnos a nosotros, hijos de la esclavitud del pecado original y de sus consecuencias. Si alguien trató de oponer dificultades, unas palabras las deshicieron: *el Señor lo necesita*. El proselitismo tiene siempre esta fuerza, esta seguridad. Y así nos trajeron; Jesucristo quería entrar en Jerusalén sobre nosotros: la más humilde cabalgadura que encontró, para que todas las gentes entendieran que su Rey era *manso y humilde de corazón* ³², que su Señor llegaba en son de paz. Para quienes no pudiesen soportar la claridad de lo divino, habría una voz humana, con un contenido de Dios; y para quienes al principio ni eso pudiesen entender, el trotecillo torpe y tembloroso de un pollino.

Recorremos el camino, llevando a Jesús en nuestras almas en gracia. No somos el jinete, ni aun siquiera la mejor cabalgadura. No aventajamos a nadie. Somos, sencillamente, objeto de una elección gratuita y desproporcionada. Desproporcionada con toda intención: para ser uno más entre los hombres, para que el abrevadero no sea más alto que las caballerías; para que se note, en fin, que cuanto de bueno salga será todo entero obra de Dios.

No es la piedra excavada que contiene el agua, lo que las caballerías buscan, sino el agua, y en todo caso la capacidad para el agua, que el artesano ha tallado en la piedra. Lo que las gentes esperan de nosotros —aunque no siempre lo sepan, aunque alguna vez nos digan otra cosa— es a Dios, es el espíritu que ha dado a su Obra, es la gracia de la que somos inadecuados depositarios. No es otra la razón de nuestro camino. A la entrada de Jerusalén, no era al burro a quien los judíos tendían túnicas y palmas. Era a Jesús.

Es ésta una convicción permanente, que informa todas nuestras obras. Algo que hemos de repetirnos mil veces: *no puedo yo por mí mismo hacer cosa alguna* ³³. Si alguna vez hiciésemos algo por nosotros mismos, aquello ya no sería obra de Dios, Opus Dei. En entender esto, y en

(31) *Matth.* XXI, 2-3.

(32) *Matth.* XI, 29.

(33) *Ioann.* V, 30.

llevarlo a cabo, está toda la eficacia. *Es cuestión de desaparecer: para esto se necesita humildad y coger bien el espíritu de la Obra* ³⁴.

Hemos sido elegidos para llevar a Dios, para transmitir el espíritu de su Obra: es la única razón de nuestra labor apostólica. Esto nos confiere la gran responsabilidad de andar vigilantes para no alterar nada, para que las almas no se apeguen a nuestra persona, para saberlas remitir a Dios, para hacerles ver que es de Dios lo que encuentren de admirable en nuestra vida, en nuestras palabras, en nuestras obras. Hay que ayudar a las personas que tratamos a que razonen como aquel ciego de nacimiento: *desde que el mundo es mundo no se ha oído jamás que alguno haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si este hombre no fuese enviado de Dios, no podría hacer nada de lo que hace* ³⁵. Y cuanto más de Dios, más eficacia. Es nuestro Padre quien lo dice: *si los míos son santos y humildes, serán eficaces en todo el mundo; cuanto más humildes, más eficaces. No hemos venido a mandar, sino a obedecer. Venimos a servir. Non veni ministrari, sed ministrare* (Matth. XX, 28). *¿Cuántas veces he meditado y he hecho meditar el Illum oportet crescere, me autem minui! (Ioann. III, 30)* ³⁶.

No somos mejores que nadie, pero sí más responsables. Responsabilidad de llevar al Señor, de difundir su espíritu. Y para eso hemos de tener un hambre santa de llenarnos de Dios, de conocer su doctrina; de identificarnos con El; de ser una viva encarnación del espíritu de la Obra, que ha de relucir en nosotros, como el esplendor de la forma que constituye la obra de arte, y que proviene del artífice. La materia, a lo sumo, no pone más que docilidad, capacidad de dejar hacer.

Con esta riqueza vamos a llenar de bienes a los hombres, según aquellas palabras de la Sagrada Escritura: *hijo, en tu actuación pórtate con humildad y serás amado más que el dador de presentes. Hazte más pequeño cuanto más grande eres, y ante Dios hallarás gracia* ³⁷. Gracia para nosotros, y gracia para las almas que tratamos.

Todo cuanto de grande, de noble, de digno hay en la criatura humana, es un don gratuito de Dios. Y cuanto de defectuoso, de imperfec-

(34) De nuestro Padre.

(35) Ioann. IX, 32.

(36) De nuestro Padre.

(37) Eccli. III, 19-20.

to, proviene de la flaqueza, de la debilidad, de la limitación de nuestra naturaleza. *Te vendrías abajo todos los días, si no tuvieses las gracias que Dios te da, y especialmente la gracia de la vocación* ³⁸, recordaba nuestro Padre. Por la humildad nos vemos pequeños, incapaces, ante la consideración de los propios defectos, de nuestra propia nada. Por la magnanimidad —grandeza de ánimo, capacidad de grandes empresas— nos sentimos todopoderosos, capaces de hacer maravillas, si nos apoyamos enteramente en Dios, y clamamos entonces con San Pablo: *omnia possum in eo qui me confortat* ³⁹, todo lo puedo en Aquél que me conforta. Es precisamente este no poder apoyarnos en nosotros mismos lo que más ayuda a apoyarnos en Dios, y lo que más mueve a Dios a sostenernos.

Hemos sido llamados a una gran empresa. Nada importaba que, como cabalgadura para la entrada triunfal en Jerusalén, los discípulos le llevasen al Señor un simple pollino: Jesús había dicho que era todo cuanto había menester. A nosotros sólo se nos pide que seamos humildemente fieles.

(38) De nuestro Padre.

(39) *Philip. IV, 13.*

[Anterior](#) - [Siguiente](#)

[Volver al índice de Cuadernos 5: La misión apostólica](#)

[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)

[Ir a la correspondencia del día](#)

[Ir a la página principal](#)